de algunos que viven la vida sin cargo ni carga de oficios; pero en ellos manifiestan las brasas encendidas de la desabrida condición de su pecho.

Condición (cierto) ésta de este rey, digna de loar; porque no hay cosa más útil y sana al príncipe, que la noble y moderada condición, ni más perniciosa que la crueldad y tiranía; y así dijo el sabio, en los Proverbios,[3] en la alegría de la cara y rostro del rey está la vida; y su clemencia es como el rocío saludable tardío, que quiere decir que es tan estimada esta virtud como el agua deseada, para que riegue los necesitados panes y mieses. Y en el capítulo veinte, dice: que la misericordia y verdad guardan y defienden al rey, y con la clemencia se fortalece y confirma su reino y trono. Y en el veinte y cinco quita la impiedad de la cara del rey y se fortificará o fortalecerá la justicia de su trono. De esta mansedumbre y clemencia fue dotado nuestro emperador Tlotzin y la ejercitó todos los días de su vida; pero tampoco quiero que se entienda que por ser de esta condición dejaba de castigar los casos que requerían castigo; que en éstos mostraba su justicia como en esotros su misericordia y clemencia; porque castigar culpas cuando requieren castigo no es crueldad sino clemencia; y así donde dice el salmista: Rígelos con vara de hierro, allí no denota crueldad, que no quiere decir que con crueldad sean regidos y gobernados; porque la severidad no es rigor, cuando lo pide el caso, sino justicia; y así dice San Gerónimo,[4] que la crueldad es una atrocidad del ánima y inhumanidad enemiga mortal de la ley de naturaleza (a la cual debemos seguir) ésta, ni se harta con sangre, ni con ningún mal se satisface; pero apartando de sí toda humanidad y clemencia echa por la boca de su maldad espuma, y de lo más oculto de su pecho, echa y derrama crueldad y tiranía; esta sentencia está en el derecho.[5] Muy ajeno fue Tlotzin de esta inhumanidad y muy revestido de clemencia, por la cual (como dicho es) le amaban todos sus vasallos y era muy estimado de ellos.

CAPÍTULO XLVI. *De los ejercicios y cosas de recreación en que este príncipe y monarca Tlotzin se ejercitaba*

NO SE DICE DE ESTE EMPERADOR TLOTZIN que formase campo, ni hiciese guerra a ninguna de las provincias a él sujetas (que eran todas las que se conocían en esta Nueva España y tierra de Anahuac); porque cuando entró en el gobierno le halló pacífico y sosegado por haberle pacificado su padre Nopal y así entró en él, como otro Salomón, en el de Israel, sin que en toda su vida tuviese género de alboroto ni rebeldía que le desasosegase; y ayudóle mucho a esta conservación la clemencia y mansedumbre de que era dotado (como en el capítulo pasado se ha dicho) por lo cual

[3] Prov. 16.
[4] Div. Hier. in Epist. ad. Rupar.
[5] 23. q. 8. C. Legi.

y no pasar la vida ociosamente (que es la destrucción del alma) se ocupaba muy de ordinario en ir a caza y montear fieras, cosa muy natural a los príncipes y señores y que no les es reprehensible; mayormente si con este ejercicio no olvidan el que a su república y gobierno deben. Para estas monterías se acompañaba de muchos grandes y señores, que (como ya hemos dicho) tenía su corte llena de ellos, no teniéndose por bienaventurado el que no le acompañaba y veía de ordinario; tenía muchos bosques de recreación para este fin, señalados muchos jardines y florestas en que se entretenía y gozaba de tranquilidad y sosiego; hacía juntamente con esto que su gente se ejercitase en las armas y milicia que ellos usaban, para si fuese menester en alguna ocasión; porque el descuido y ocio no los cogiese desapercibidos en la necesidad; que es un aviso de que usó un rey de los scitas, que pidiéndole su gente que los bajase a los llanos (por ser muy áspera y fragosa la tierra en que vivían) no quiso; diciéndoles que aquella aspereza los hacía fuertes y robustos, para el trabajo y que en la blandura de la tierra y regalo de la vida ociosa se hacían afeminados e inhábiles para las guerras; de manera que el ejercicio de las cosas tiene en pie a los que en ellas se ejercitan y es cosa muy necesaria su ejercicio, para el fácil uso de ellas; porque sin él es desabrido y llegados a las veras, las tratan como extrañas y desconocidas.

Jamás mandó cosa en sus reinos y repúblicas en que no fuese obedecido; porque el príncipe querido en ellas, no es penoso ni desabrido en lo que manda, por ser una de las condiciones del amor, facilitar todo lo que representa el amado, por cargoso que sea, cuanto y más que este príncipe, con el mucho que les tenía, miraba las cosas de manera que cuando las mandaba eran hacederas. Con esta paz y seguro gozó este dichoso y bienafortunado emperador los años de su imperio, sin recelos de males ni sobresaltos de enemigos, hasta que llegó el universal de la vida humana, que es la muerte y se lo llevó como veremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XLVII. *De la muerte del emperador Tlotzin y de un dicho digno de memoria que dijo, que fueron las últimas palabras con que acabó la vida*

DESPUÉS DE HABER REINADO este excelente monarca treinta y seis años, con mucha paz y amor de sus vasallos, estando en el mayor gozo de la vida rodeado de mujer, hijos, hermanos, deudos y parientes, le sobrevino una enfermedad, la cual padeció por tres o cuatro meses; en el discurso de la cual le acompañaron muchos señores del reino y procuraban entretenerle con juegos, danzas y otras cosas en que veían que tenía gusto, llevándole a espaciar a sus florestas y jardines para divertirle de los dolores que la enfermedad le causaba; pero como eran ministros de la muerte, iban creciendo con los días y conociéndola en ellos se hizo vol-